

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE Y DE NOTICIAS

ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA

Fundador: D. Manuel Maria de Santa Ana.

PUBLICIDAD

Los anuncios de todas clases referidos a Bancos y Sociedades, a precios convencionales. Se reciben en esta Administración y en todas las agencias de publicidad nacionales y extranjeras. Toda la correspondencia y giros deben dirigirse al ADMINISTRADOR. NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ANO LIII.—NUM. 16.368

Madrid.—Sábado 20 de Diciembre de 1902

Cinco ediciones diarias

LOS HUMBERT EN MADRID SU CAPTURA

ANTECEDENTES

La familia de elegantes estafadores que han alcanzado fama universal por su incomparable maestría en burlar a las autoridades de todas las naciones del mundo, fue presa anoche en la casa número 33 de la calle de Ferrás, por un inspector y varios agentes españoles.

A estas horas la resonancia de su captura vuela por el telégrafo hasta los más remotos países, y en París, sobre todo, llenará la actualidad periodística y callejera durante muchos días.

La importancia del servicio prestado no necesita encarecimiento, hasta solo con decir que han sido presos los Humbert.

Vigilando la casa.

Hace seis días, los agentes Ordoñez, Marino y Argüelles, rondaban por la calle de Ferrás, sospechando que en una de las casas de por allí habitaba la familia Humbert.

El inspector de policía Sr. Caro, que había dedicado atención preferente a este asunto, pudo convencerse de que realmente, en la casa número 33 de la citada calle de Ferrás, se albergaba dicha familia.

Anoche mismo el Sr. Caro pidió el mandamiento judicial que había de facilitar la entrada en el domicilio de los famosos estafadores, solicitando que el mandamiento se uocara de oficio.

La sorpresa.

Esta madrugada, a las dos y media, el señor Caro y dichos agentes llegaron a la casa, llamaron al timbre, y viendo que nadie contestaba, dieron grandes golpes en la puerta del cuarto segundo derecha.

Dentro se oía gran agitación, un incesante ir y venir como de personas sorprendidas, carreras, voces, siseos.

En vista de que de ningún modo conseguían franquear la entrada, el inspector Caro envió a uno de sus agentes en busca de un cerrajero; pero no hizo falta, porque momentos después abrió la puerta un hombre alto, con barba castaña, precisamente Federico Humbert, quien declaró inmediatamente su nombre.

El inspector Caro le preguntó: —¿Y las demás personas que hay dentro, quiénes son?

Federico Humbert se limitó a decir: —Yo no hablo más que de mí.

La policía en el cuarto.

En seguida franquearon la entrada los agentes, hallando en una gran confusión, sorprendidos y asustados, a los demás individuos de la familia Humbert.

El aspecto del grupo sorprendido, indicaba que los Humbert estaban muy lejos de pensar que iban a ser presos.

Las mujeres despeinadas y con las ropas en desorden.

Los hombres a medio vestir.

Pero todos, rebechos bien de la sorpresa, cobraron ánimos, logrando aparecer tranquilos y serenos cuando la policía comenzó sus investigaciones.

Solo uno de ellos, el más joven, Pablo Daurignac, sintiose repentinamente indispuesto.

Cuántos son los detenidos.

Realmente, es impropio dar a los detenidos el apellido patronímico de Humbert, puesto que son dos familias: los Humbert y los Daurignac.

Emilio Daurignac, hermano de los anteriores y del mismo pueblo.

Fue administrador de la renta del viajero y, como su hermano Pablo, es alto, corpulento, fuerte, sanguineo. No habla más que el francés. Estuvo con su hermano en Buenos Aires.

Eva María Humbert, de veintitrés años, de París, hija de Federico Humbert y de Teresa Daurignac, el famoso met. inoio estafador.

Señas personales: Es muy alta, esbultísima, de pelo castaño, larga nariz aguileña, preciosa dentadura, dedos finos y aire de institutriz inglesa, serio y doctoral.

Habla inglés y alemán a la perfección. Cuando se fugó con sus padres y con sus hijos, iba vestida con una falda gris y un bolero de astralán.

Llevaba sombrero, como el de su madre, de los llamados toquet y un paraguas con puño de cabeza de pato.

Los detenidos se visten. La policía, después de asegurarse de que nadie había podido salir de la casa, dejó que los seis individuos se vistieran: los hombres se pusieron trajes negros; Federico Humbert se abrigó, además, con un gabán y cubrió su cabeza con un sombrero hongo.

María Teresa Daurignac se puso un traje negro; Paulino Daurignac, un traje color menta, y Eva María un vestido color ceniza.

Reunidos. Se reunieron todos en un dormitorio en el cual había una cama de metal dorado; al pie de la cama, en una butaca, se sentó Román Daurignac, mientras las mujeres encendían la chimenea.

Federico Humbert estaba de pie, en medio de las detentadas. De estas, la más abatida, era la joven Eva María, que lloraba. Su madre demostraba cierta tranquilidad, y a pesar de las declaraciones de su marido, intentaba convencer a la policía de que ella es una marquesa que nada tiene que ver con los Humbert.

Paulino Daurignac, hermano de María Teresa, asustadísimo, no hablaba y parecía como atontado.

En la habitación donde estaban reunidos, además de la cama hay un armario ropero, una mesa, y un estante para libros colocado a la derecha de la puerta.

En el estante hay muchos ejemplares de los principales periódicos franceses, algunas guías de ferrocarriles, y un Diccionario francés-español.

En la cama de este cuarto dormían la hija y la hermana de María Teresa, la célebre estafadora.

Las habitaciones. Entrando en el piso, a la izquierda, hay una cama metálica, de matrimonio, utilizada por el matrimonio Humbert. No hay otros muebles que un diván y una silla.

El dormitorio de los Daurignac tiene dos camas, y entre ellas un armario con ropa blanca. En las paredes hay cuadros y perchas con ropa de vestir finísima.

Sobre una mesa se ven varios libros, entre ellos el episodio *Narceus*, periódicos, guías, etc.

El comedor es la única habitación medianamente amueblada. En el aparador se veían restos de los postres de la cena.

El inventor. En el comedor se procedió a inventariar todos los muebles y efectos de la habitación, indicándolos Román Daurignac, bajo la inspección del Sr. Caro.

Declaraciones. El inspector Sr. Caro, teniendo a la vista la requisitoria del gobierno francés y auxiliado por un intérprete que le acompañaba, procedió, una vez en su presencia los detenidos, a establecer su identificación, mediante el individual y minucioso interrogatorio consiguiente.

El primer interrogado fue: Federico Humbert, que manifestó que realmente es él el individuo a quien la requisitoria se refiere.

Juan Bautista Daurignac no respondió nada. El Sr. Caro pudo observar que, sin embargo de haberse quitado la barba, este detenido, es el mismo de la requisitoria.

Román Daurignac, cuyo semblante también ha sufrido transformación, respondió que se llamaba Duval, y luego declaró su verdadero nombre y apellido.

En vista de estas respuestas, las mujeres constataron afirmativamente a las preguntas.

Una frase de Federico. Terminadas las declaraciones, Federico Humbert se dirigió al Sr. Caro, diciéndole: —¿Yaya una firma de 25.000 francos que se han ganado ustedes, además de los 100.000 que pagarán los banqueros?

Otras palabras. Conversando con el Sr. Caro, añadió Humbert: —Yo he robado para otros, y algunos de París han de sentir mi detención.

La detención. El Sr. Caro, recibidas las declaraciones, dijo a los Humbert: —Quedan ustedes detenidos! Seguidamente se procedió al inventario de que antes nos referimos.

RELATO INTERESANTE Lo que dice Román. Hemos tenido ocasión de hablar con Román Humbert, mientras se efectuaba el inventario, y nos ha dicho:

—El día 7 de mayo, o sea dos días antes de ser conocida la quiebra, salimos de París directamente para Madrid, a donde llegamos el 9 a las ocho de la mañana, sin ninguna clase de equipaje, hasta el punto de que Federico traía un pantalon roto, habiéndose desprendido de un alfiler que traía en la corbata, diciendo:

—No quiero nada de París. Una vez en Madrid estuvimos vagando por la población, buscando casa, sin entrar en ninguna fonda.

Hallamos un piso en la calle del Marqués de Urquijo, número 4; le alquilamos por 60 pesetas al mes, y allí permanecimos dos meses, hasta que vinimos a esta casa, cuyo alquiler conviniémos en 120 pesetas, a nombre de Carlos Blanco.

Todo cuanto se ha dicho de que hemos viajado ocultándonos de la policía, es una tontería. Salimos de París sin ocultarnos y a la vista de la policía. Hemos dejado en París 30 millones, que han sido vendidos en dos miliones.

Nada de lo que tenemos aquí nos importa, porque sabemos que lo perdemos.

Estoicismo. Román comía sobradamente plátanos y galletas.

—Los duelos, con pan son menos— exclamó filosóficamente.

María Daurignac entraba y salía de una habitación a otra, conversando con Juan y Bautista en voz baja, siendo preciso que el Sr. Caro le dijese:

—Haga el favor de estarse quieta.

Una enferma. La joven Eva se halla enferma con accidentes histéricos, habiendo sido preciso auxiliarse con tazas de té y gotas de azahar, que le sirvió su madre.

Al gobernador. El Sr. Caro, tan pronto como Humbert confesó haber era, despachó al agente Argüelles a participarlo al Sr. Sánchez Guerra, quien se apresuró a comunicarlo al embajador de Francia.

M. Patenotre, que precisamente pasaba la última noche de su permanencia como embajador en Madrid, agradeció mucho la noticia, felicitando calurosamente al gobernador y a la policía por el servicio prestado.

Varios detalles.

En un pupitre ha sido hallada una tarjeta con este nombre *Doña Marta*, manuscrita, y muchas tarjetas de visita, tipografiadas con el nombre *Leon Margués*.

En la casa se han encontrado gran número de cubiertos de plata; muchas alhejas de brillantes, vajilla magnífica, ropa blanca de hilo con las iniciales *C. B.* bordadas; abundancia de licores extranjeros y de conservas y manjares excelentes.

En la cocina, completa y nueva batería. En el comedor, cuanto se puede desear para vivir confortablemente.

En los dormitorios, camas doradas, colchones nuevos y ropas buenas. En los armarios de luna, rico surtido en trajes, sombreros, encajes, calzado, perfumería, etc., etc.

—Los Humbert debían dedicar mucho tiempo a la lectura, a juzgar por el gran número de libros y periódicos que se ven en sus habitaciones.

Entre los libros, hemos visto el *Quijote*. Entre los periódicos, *LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA*, y la lista de los regalos de nuestro próximo sorteo.

—Los muebles son todos buenos, cómodos y elegantes. —Todo lo que hay en la casa había sido comprado.

Lo único que tenían alquilado es el piano, perteneciente a un almacén de la calle de Valverde.

—Cuando tomaron el piso de la calle del Marqués de Urquijo, pasaron unos días sin más muebles que las camas.

—En aquella casa gastaron los Humbert unas 5.000 pesetas.

—Esta mañana estuvieron en una tienda de la calle de Alcalá haciendo compras.

—La criada que tenían los Humbert, dormía fuera de la casa.

—En el comedor hemos visto una colección de cañas de manzanilla.—Les preguntamos si habían estado en Andalucía, y respondieron negativamente.

—A la cabecera de la cama de la señora Humbert hay una magnífica Concepción, de talla.

—En las sillas del comedor se veían diversas labores de señora.

Papeles perdidos? Como desde que llamó la policía hasta que Federico Humbert abrió la puerta transcurrieron más de tres cuartos de hora y en la habitación se oían pasos precipitados y se veía encender y apagar lucos, ha surgido la sospecha de que pudieran los detenidos haber arrojado papeles al retrate inodoro; sospecha confirmada por la frecuencia con que se oía el ruido de la cadena del agua, se ha ordenado que se proceda al reconocimiento de la alcantarilla.

Antes de la captura. El inspector Sr. Caro, después de participar al gobernador sus sospechas de que los Humbert eran los vecinos de la calle de Ferrás, 31, fué a la Casa de Cánongos a pedir al juez de guardia el oportuno mandamiento de registro, el juez le dijo que lo pidiera de oficio. El Sr. Caro volvió al gobierno a cumplir dicho requisito, obteniendo el mandamiento a la una de la madrugada.

Con el mandamiento en el bolsillo fué el Sr. Caro a la calle de Ferrás, donde ya estaban convenientemente apostados, vigilando la casa, los agentes Ordoñez, Argüelles, Marino, Camarero y el intérprete del Gobierno civil.

Una pareja de guardias de Seguridad y otra de la Guardia civil se hallaban allí con orden de auxiliar a la policía.

Allí estaba también uno de nuestros redactores, único periodista que, noticioso de lo que ocurría, acudió a informarse.

Preparativos. Dispuso el Sr. Caro que la pareja de la Guardia civil se apostase en un solar de la calle de Rosales, a espaldas de la casa de los Humbert.

A este solar, y sobre un jardinillo de la fábrica de cerveza que hay en el 35 de la calle de Ferrás, dan los balcones de los Humbert, y se procuró estar a la eventualidad de una fuga por aquel lado.

Tomadas ya las debidas precauciones, el Sr. Caro llamó al sereno y le preguntó: —¿Sabe usted quiénes habitaban en el piso principal de esta casa?

—Solo sé que viven ahí dos hermanos; pero no los he visto sino una ó dos veces.

—Bueno, pues abra usted. Entraron en el portal el Sr. Caro y sus agentes, y llamando a la portera, que se asustó al salir y ven tanta gente, la preguntó lo mismo que al sereno.

La portera, tímida al principio, diciendo luego que vivían en el piso desde el mes de junio dos matrimonios, al parecer extranjeros, y que no conocía a las mujeres, porque no salían a la calle.

En la casa. El Sr. Caro subió con el sereno, y llamó a la puerta del piso. Tardaron en contestar, y se oyó una voz de hombre, preguntando: —¿Quiénes son?

—El sereno, contestó ésta, y un caballero. En vez de abrirse la puerta, oyóronse pasos y ruidos interiores como antes decimos. Volvieron a llamar el Sr. Caro y el sereno, y nadie respondió. Hasta que al llegar el cerrajero enviado a buscar expreso, Humbert abrió la puerta.

Tentativa de fuga? Mientras esto sucedía en la escalera, se abrió el balcón del cuarto de la señora Humbert que da al solar.

Un hombre y dos mujeres se asomaron como inquiriendo si la casa estaba cercada. Los guardias civiles, al ver gente en el balcón, prepararon las armas. Entonces, el hombre y las dos mujeres, observando el movimiento de los guardias y que además había cerca de éstos otras personas, se retiraron cerrando los cristales.

Vigilando. Desde hace tres días venía estando vigilada la casa por el Sr. Caro (D. Antonio) y sus agentes. Interrogaron, en sus pesquisas, al cartero del barrio, quien dijo que en dos meses sólo habían recibido una carta.

Mostraron los retratos de la requisitoria, y el cartero manifestó que reconocía en uno de ellos a la hija de los Humbert como la señorita de la casa.

Después de la detención. Al recibir el aviso del Sr. Caro, el Sr. Sánchez Guerra dispuso que el secretario del Gobierno, Sr. Quejana, y el jefe de vigilancia, Sr. Ibarrola, fuesen a la calle de Ferrás, a enterarse de cuanto allí ocurría. Así lo hicieron, regresando seguidamente al Gobierno a dar cuenta a su jefe.

Al participárselos que quedaban detenidos y que habían de separarse los hombres de las mujeres, se produjo entre los Humbert una escena conmovedora.

Madame Humbert abrazó a su marido, se besaron apasionadamente dos ó tres veces, sin poder resistir las lágrimas.

Los hombres quedaron reunidos en una habitación y las mujeres en otra.

Los detenidos se dispusieron a vestirse en traje de calle con abrigos y sombreros, solicitando las muchachas ponerse al cuello medallones de familia.

A las cinco de la mañana seguía el inventario, habiéndose encontrado en el cobás de madame Humbert 2.275 pesetas en billetes de Banco, y dos décimos de la lotería del sorteo del 31.

A la cárcel. Tan pronto como termine el inventario, los detenidos serán llevados en coche al Gobierno civil, y desde allí a las cárceles respectivas a disposición del embajador.

La casa. La casa quedará cerrada y precintada con el sello del Gobierno.

216

BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

EL TAMBOR DE LA 32. MEDIA BRIGADA

213

esperaba que perdiéndola la obligaría a arrojarle en sus brazos.

—Abandonando mi escondite, corrió al lado de mi madre, a la que contó todo. Nos pasamos el resto de la noche llorando. Al día siguiente mi padre presentó en el castillo a su amigo don Pedro, noble español venido de su país. A partir de aquel día, don Pedro vino regularmente al castillo y mi madre y yo nos vimos obligadas a recibirle. Mi pobre madre, desolada al ver mi pena, y no queriendo que su segunda hija conpartiera sus dolores con la primera, escribió a mi tía para que guardase a Urania a su lado.

—Empujada por mí, mi madre resolvió recurrir al regidor de Tolosa; quiso ir a la capital, pero cuando pidió el carruaje, los criados la contestaron respetuosamente que el marqués había prohibido que la dejaran franquear la verja del castillo. Mi madre insistió, no consiguiendo más que una obstinada negativa.

—Esto dió lugar a una nueva y más terrible escena entre mi padre y mi madre. La marquesa no podía pedir socorro a nadie: el conde de Adore, nuestro único amigo, no existía ya para nosotras después de la horrible acusación lanzada por mi padre.

—Vois sabéis esto, señor—dijo Lucila;—pero lo que ignoráis es que una noche yo resolví escaparme del castillo y marché a Tolosa a casa del regidor, a quien conté todo. El conde ya la historia de lord Harbing.

—Pobre niña—me dijo,—si lo que me decís es verdad, es horrible; pero yo no puedo hacer nada. Vuestro padre es el dueño en su casa, y mientras la marquesa no traiga una queja, la justicia no puede intervenir. En cuanto a ese don Pedro, a quien acusáis, qué pruebas tenéis contra él? Ninguna. Ha venido aquí apoyado por las más serias y altas recomendaciones. ¿Estáis segura de haber oído esa conversación sorprendida en el pabellón del parque?

—Volví al castillo desesperada, pero un rayo de luz había iluminado mi espíritu: «Lord Harbing y don Pedro—me dije,—¿si serán la misma persona?»

—Mi madre, espantada al pronto por este pensamiento, acabó por decirme: —Estudiamos a don Pedro.

Lucila se detuvo un momento en su rápida narración; se llevó la mano al corazón como para reprimir sus latidos. Camparini

había permanecido inmóvil a su vez, no ratando de interrumpir a la joven, escuchando con calma, que demostraba la confianza que tenía en su fuerza. Cuando la vió detenerse, sonrió.

—Lord Harbing y don Pedro el mismo hombre!—dijo.—Se parecían poco, sin embargo, tengo buena memoria: la misma estatura, sin duda; pero diferencia notable en la corpulencia, en el color de la piel y los cabellos, en todos los detalles, en fin, del individuo.

—Si—repuso Lucila;—pero esa diferencia podía ser el resultado de un disfraz; esto era necesario penetrar; solo mi madre y yo podíamos hacerlo, porque no podíamos confiar a nadie y el tiempo apremiaba; aquellas pruebas que don Pedro se había comprometido a dar podían inventarlas y convenir a mi padre, de cuyo espíritu se había apoderado más cada día. Desembarcar a nuestro enemigo en el más breve plazo era el objeto que ébamos pretendiendo, y este objeto lo conseguimos.

—¿Cómo?—dijo Camparini estremeciéndose.

—Acordaos de la velada que se dió en el castillo—dijo Lucila.—Aquella noche en que jugando a juegos de prendas, me dejé condenar a besaros... Aquella noche reconocí que vuestro cabello estaba teñido y que el color de vuestra piel era debido a la pintura. Esto era lo que necesitábamos.

—¡Ira de Dios!—dijo Camparini levantándose con violencia.

Después, volviéndose bruscamente a Lucila, añadió:

—¿Y qué más? Acaba.

—¡Ah!—dijo la joven con expresión triunfante.—Ya no sonrío; ahora escucháis; sin duda empezáis a comprender.

—Sigue, sigue—interrumpió Camparini.

—Dios había protegido la primera parte de aquella comedia sublime que nos habíamos propuesto representar—prosiguió Lucila.—Lord Harbing y don Pedro eran el mismo hombre; ya no teníamos duda. Uno venía a vengar al otro y a tratar de perder a los que el primero no había podido engañar. Jaquet y el conde de Adore nos habían iluminado lo bastante sobre la conducta del Rey del presidio.

—Ese hombre quiere perderte—dijo a mi madre.

—¿Oh!—respondió aquella santa mujer—

francamente, diciéndote: Es preciso que me reveles el secreto que posees. Cuando un hombre como yo obra de la forma que yo lo he hecho, comprenderás que no va a retroceder.

Y Camparini, irguiendo todo su cuerpo, extendió los brazos con aire de dominio.

Los ojos de Lucila no bajaron ni una línea; miró fijamente a su verdugo, pero no pronunció ni una palabra, no hizo ni el menor gesto.

—Dos medios tengo a mi disposición para hacerte hablar—continuó Camparini sin parecer ocuparse de aquel mutismo,—depende de ti el escoger.

Lucila no manifestó haber oído.

—Tú amas a un hombre y eres amada por él; ese hombre es el comandante Mauricio Bellegarde; depende de mí el sacarlo de su seguridad y hacerlo un hombre poderoso. ¿Quieres?

Lucila no contestó.

—Mauricio puede ser un día heredero de la familia Niorres—prosiguió Camparini;—entregame los papeles que te pido y me encargo de hacer reconocer sus derechos a esa inmensa fortuna. Tú pretendes conocer el contenido de esos papeles; si esto es así, debes comprenderme la destrucción de esos papeles servirá tus intereses, lo mismo que los míos; no revelan la existencia de un heredero directo de los Niorres, y no son por este hecho el único obstáculo para que el que tú ar. a entre en posesión de esos codiciados millones? ¿Te haces cargo de lo que un hombre inteligente como Mauricio podría esperar, en los tiempos que corremos, teniendo en sus manos tesoros tan considerables? ¿Y no sería para ti una satisfacción el pensar que habías contribuido a su posesión? Obrando de ese modo, ¿a quién perjudicaría? A nadie. El heredero de Niorres ha muerto, seguramente.

—Es fals, vive...—interrumpió bruscamente Lucila.

Camparini se levantó con violencia.

—Consiente o Mauricio morirá—dijo.

—No diré nada, porque nada sé, y Mauricio no morirá—respondió Lucila.—No, no morirá, porque tenéis interés en dejarle vivir; ese interés, cuál es, lo ignoro, pero existe, si no vos ya hubierais amenazado a Mauricio para obligarme a hablar.

Camparini se volvió hacia Lucila.

—Pues bien—repuso,—ahora mismo tu li-

bertad y te reunes a Mauricio, si me entregas ese secreto.

—Nada sé—dijo resueltamente Lucila.

—¿Te niegas?

—Nada sé.

—Pero Mauricio tiene necesidad de ti, está herido, quizás a estas horas se muere, y te niegas a ir a su lado.

—No sé nada—dijo otra vez Lucila.

Camparini hizo un gesto tan brusco que derribó una silla que estaba a su lado; sus ojos echaban chispas y la expresión de la rabia y del furor se leían sobre su fisonomía feroz, sus dientes estaban apretados y sus labios tan cerrados que no se les veía.

—Entonces—exclamó *El rey del presidio* con paroxismo de cólera,—Urania morirá, y va morir a tu vista.

—Urania no morirá—dijo Lucila con extraña y terrible energía;—no morirá, porque si moría se llevaría consigo a la tumba la fortuna de la baronesa, esa fortuna por cuya posesión tantos crímenes habéis cometido; esa fortuna que el inglés lord Harbing, el español don Pedro, el italiano Camparini han codiciado a la vez, y en provecho de un mismo personaje, en provecho del *Rey del presidio*.

—¡Callate!—aulló Camparini con desesperación.

—Ab—dijo Lucila.—Ya veis que os conocía. Lord Harbing, don Pedro, Camparini, os he adivinado. Dios ha permitido que mi mirada penetrase bajo las máscaras que sucesivamente os poniais sobre el rostro. Yo no podía hablar, vos lo sabéis bien. El juramento que tengo hecho a mi madre me cierra los labios; pero ante vos, sólo ante vos, este juramento no tiene valor. Matadme ahora si queréis; Dios nos ve y me oye.

Camparini se había retirado replegándose sobre sí mismo como para tomar distancia para saltar; tenía el aspecto temeroso del tigre en presencia de su presa; sus ojos tenían expresión de salvaje ferocidad; sus dientes rechaban estrechándose; sus puños se cerraban con estremecimientos nerviosos.

—Esos papeles!—dijo.—Esos papeles, si no los quieres vender al precio de la fortuna del hombre a quien amas, los venderás al precio del honor de tu madre.

—El honor de mi madre!—exclamó Lucila palideciendo.

—Si. ¿Comprendes? Si no he podido triun-

EN EL AYUNTAMIENTO

Bajo la presidencia del marqués de Portago se ha reunido ayer tarde el Municipio, de cuatro y media a cinco y cuarto.

El despacho de oficio fue aprobado, excepción hecha de la comunicación del presidente de la Diputación, participando que en el reparto provincial para el próximo año correspondían al Ayuntamiento 3.748.777 pesetas 40 céntimos.

El Sr. Alvarez se opuso a que se pagasen más de 3.000.000 por dicho concepto, pidiendo que se interpusiera el correspondiente recurso de alzada.

Así lo acordó el alcalde, diciendo que el Sr. Alvarez no había hecho otra cosa que anticiparse a sus deseos.

De él orden del día fueron aprobados los siguientes asuntos:

Concesión de nueva licencia para continuar con la fábrica de jabón establecida en la calle del Ave María, 48.

Concesión de licencia para construir varios edificios en un solar propiedad de las religiosas Adoratrices, con fachadas en las calles de la Vizcondesa de los Venturales, Rodríguez y Don Juan, previo el abono de 10.087,32 pesetas, importe del terreno que se arropia de la vía pública.

Aprobación de tres avenencias electuadas en los términos que previene el artículo 4.º de la ley de Ensenanza para la liquidación y pago de una superindemnidad a la Habana pública en los pasados del Cisne y de la Habana pública en el Pacifico.

Proposición declarando que el arrendatario de consumo tiene obligación de respetar el real orden de 23 de agosto de 1899, en la que se dispone la exención de los materiales del tercer Depósito del Lozoya.

Concesión de una parcela de terreno para construir un panteón en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, previo pago de 532 pesetas que importa, según tarifa.

Otra al contratista de las obras de construcción del Laboratorio municipal una prórroga de cinco meses para la completa terminación del edificio.

Devolución del resto de la fianza de 2.500 pesetas consignada por el contratista que más de las obras de reforma de la segunda Casa Consistorial.

Concesión de varias licencias. Estos fueron los asuntos aprobados sin discusión, y que figuraban en el orden del día.

Por el contrario, fué retirada, a petición del Sr. Ruiz, una renovación de licencia para la vinería existente en la calle de San Bernardo, 118.

Un expediente proponiendo la rehabilitación de un cesante de Consumos para que pudiera ser funcionario municipal, fué retirado a petición del Sr. Mauri.

Fué retirado, para modificarlo, otro expediente, en el que se propone que el Ayuntamiento se inhiba de conocer en el reclamo que hace la Dirección de Obras públicas para que se obligue al arrendatario a respetar la real orden de 23 de agosto de 1899, y de la devolución de algunos adeudos hechos, dejando en libertad de acción a dicho centro oficial para que recabe sus derechos del arrendatario de Consumos en la forma que estime procedente.

El Sr. Ruiz le combatió, pidiendo se obligase al arrendatario al cumplimiento de la ley.

El Sr. Mauri solicitó también quedara sobre la mesa la concesión de una licencia para establecer 20 básculas automáticas en las calles de Madrid, e igual suerte corrieron dos proposiciones, una autorizándose al concejal inspector del Matadero para que, a los precios de contrata y por la suma de 1.088 pesetas, adquiriera diferentes clases de combustible para las atenciones del servicio, y la otra al concejal inspector del servicio de limpiezas, para que, a los precios de contrata y por la suma de 1.023,50 pesetas, adquiriera diferentes clases de maderas, con destino al taller de carpentería del ramo.

El Sr. Estelat solicitó que se mejorase el empedrado de la calle de Duque de Rivas, y que se acondicionase el estado verdaderamente imposible de la capital de España, en que están el paseo de los Pontones, el paseo Imperial y la Puerta de Toledo, por cuyos sitios es imposible transitar.

Ocupó también del estado que presenta a última hora de la tarde la Carrera de San Jerónimo por el excesivo número de carruajes que en ella se estacionan.

El marqués de Portago, en breves palabras, expuso sus propósitos acerca de las mejoras que Madrid necesita, sobre todo, y principalmente, en cuanto se refiere al empedrado de las calles.

—He mandado formar—dijo—un presupuesto para dotar a Madrid de un empedrado que esté a la altura de su importancia. La cantidad que para esta mejora se necesita es considerable, 1.500.000 pesetas, y todos los años se repone la cantidad consignada en el presupuesto para este objeto es tan solo de 300.000 pesetas.

Procurar, por cuantos medios estén a mi alcance, realizar tan necesaria a Madrid la altura de mejora, colocando a Madrid a la altura de las grandes capitales europeas.

Recurrir a los exorbitantes gravámenes que sobre el Municipio pesan, cuyas cargas al Estado ascienden a 19.000.000 de pesetas, mientras que sus recursos son tan exigidos, para que el grito de ¡Maldito Ayuntamiento! que se levanta por el pobre Ayuntamiento, cambien por el de ¡Pobre Ayuntamiento!

Y se levantó la sesión.

NOTAS GADITANAS

Movimiento de barcos.

25, 6,30 t.

Han llegado dos torpederos rusos procedentes de Vigo, los cuales continuarán su viaje el domingo a Argel.

Mañana saldrá el *Larache*, llevando para Vigo y Cádiz los pasajeros y carga que ha traído de la Argentina.

Ha zarpado el *Hesperides*, correo de Canarias, llevando al gobernador civil, D. Santos Eca y, etc.

A Barcelona.—Los anarquistas

19, 7,15 m.

El transatlántico *Maria Cristina* ha zarpado con rumbo a Barcelona, llevando a bordo los anarquistas repatriados de la Argentina.

El inspector Sr. Duñenas y seis agentes permanecieron a bordo, hasta 12 millas fuera del puerto, vigilándolos y evitando se comunicaran con los anarquistas de esta ciudad.

Algunos de los intentaron fueron sometidos a un largo interrogatorio por el jefe de policía, el cual por este medio ha adquirido interesantes datos, que ha puesto en conocimiento del gobernador.

Este había recibido telegramas del ministro de la Gobernación con instrucciones respecto al caso.

La travesía de Buenos Aires a Cádiz se hizo sin novedad.

Los anarquistas procedieron correctamente. Negar que trataran de hacer propaganda pues está ya convenido el procurar en varias naciones la huelga general el próximo 1.º de mayo.

Estos, a su juicio, el mejor medio para luchar con el capital.

De los anarquistas expulsados, Palau, catalán, ganaba en Buenos Aires 130 pesos al mes, ejerciendo su oficio de panadero.

Cambó, periodista, también entusiasta de la idea, dice que por ello está dispuesto a ir hasta el sacrificio.

Tiene redactada una protesta contra las autoridades argentinas y una salutación a los anarquistas españoles.

La policía ha tomado la filiación de los anarquistas.—Ch.

Un ahogado.

10, 3,15 t.

Al amanecer ha llegado al muelle el fogonero Manuel Segura, del vapor *Bravo*, procediendo de 4 a bordo de éste.

El joven Juan Capinete ofreciose para llevarlo en una lancha.

A los pocos metros del muelle volcó la embarcación. Capinete se ahogó y Segura fué salvado, pero en grave estado, por lo que fué conducido al hospital.—Ch.

FIRMA REGIA

Agricultura.—Reales decretos nombrando, en ascensos de escala, ingenieros jefes de primera clase del cuerpo de agrónomos a D. Mateo Tuñón de Lara y a D. Servando Gutiérrez Cos e ingenieros jefes de segunda clase a D. Juan Alvarez Sotomayor, a don Eugenio Prieto Moreno y a D. Ricardo Algañal del Castillo.

Instrucción pública.—Reales decretos disponiendo cese en el cargo de rector de la Universidad de Valladolid D. Vicente Segarra y nombrando para ese cargo a D. Antonio Alonso Cortés.

Otro declarando supernumerario al inspector segundo del cuerpo de archiveros don Mariano Catalina.

Otros ascendidos en el cuerpo de archiveros como resultado de la anterior vacante, a D. Mariano Muñoz Rivero, a D. Juan Basabe y a D. Pedro Torres Lanzas.

HOMBRES NECESARIOS

CONFERENCIA IMPORTANTE

En el Centro del Ejército y de la Armada el jueves una conferencia sobre el tema *Hombres necesarios a la nación*, el ilustrado general, director del personal del ministerio de Marina, D. Arturo Garín y Sociats.

Empezó haciendo constar el distinguido conferenciante que era el mejor sitio, para de la Armada, centro donde sin pasiones ni luchas, pero sí con juicio sereno y razonado, se aguilanar y desmenuzan las ideas de lo que se expone en pro del honor y de la gloria del ejército y de la marina.

La desgracia—dijo—hay que combatirla de frente, mirándola, no con los ojos de los vencidos, de los aniquilados, sino con los de quienes son capaces de convertir la desgracia en origen fecundo de felicidad.

Expuso el estado actual del mundo civilizado e indicó igualmente el de las clases directoras, de cuyos estados entiendo que surgen los grandes problemas, por lo cual es necesario promover una nueva era.

Hace poco, nos considerábamos dichosos con nuestro aislamiento, que nos permitía elaborar un presupuesto de la paz, y esto nos condujo a tanta desventura y a tanto desastre.

Hizo un cumplido elogio de la Reina Regente, que en aquellos amargos momentos descoló sobre una sociedad que distaba mucho de la pureza, y prosiguió diciendo:

—Ahora, todos los actos más o menos brillantes y fastuosos como tratamos de enganar al mundo, no pueden encubrir nuestra decadencia. Para elevar el alma y adquirir fuerzas que nos conduzcan a mejores días, hace falta un hombre poderoso que desplegue una bandera, y que esta no haya sido abatida.

Comparó la marcha de las naciones a la de un viajero que, después de caminar por la llanura y sentir por lo escabroso y saltar las dificultades, todavía tiene que caminar despierto para llegar al fin.

Insistió en que es necesario un hombre vigoroso que destruya el pasado y que sea un despoja de la cultura, un talento que abarque desde lo grande a lo pequeño, cuya actividad sea infatigable aun en los asuntos más insignificantes y que, en fin, ostente ese sello de los elegidos que hace ante ellos renudar a los demás.

Cuando esto tengamos, y no es imposible, habrá una máquina nacional que producirá fuerza y se traducirá en un organismo central que reparta la savia a las provincias.

Dijo que no quería descender al personalismo y sí solo mostrar la charca pestilente y tronar contra los que la alimentan o enriquecen.

Consideró al Ejército y a la Armada no como ramas de un tronco, sino como el tronco mismo, cuyas ramas son las diferentes armas. La patria necesita por igual de uno y otro elemento para el supremo triunfo y por ello es preciso prepararlas y ponerlas en condiciones.

Lamentó el vendaval desencadenado contra la Marina, no obstante ser la nuestra nación que debía de ser profundamente respetada, hasta el extremo de que para nosotros cada navío podía significar una conquista.

Calificó de suprema la crisis que hoy atraviesa la vida naval, pero entendiendo que lo mismo hay que huir de una indiferencia culpable, que de un ardor lamentable.

La mejor satisfacción para la Marina sería la obra de hombres competentes que a la vez usaran temperamentos de energía.

Consideró también un remedio eficaz para que los almirantes y los capitanes, puestos en contacto con las dificultades, pongan de relieve su peripeteja y sus facultades, único medio de poder competir con el extranjero.

También juzgó indispensable el levantar el estado moral para que no sean infucendos los trabajos, y al mismo tiempo fomentar la disciplina; pero no la servilista que rebaja y degrada al individuo, sino la que es producto de una serie de fuerzas morales.

Los conocimientos científicos de los oficiales de nada servirán, sino se compaginan con una buena escuela de aplicación práctica.

Pidió la creación de la especialidad marino militar, fijándose para ello en lo que hoy es y contiene un barco, y examinó los elementos que han de concurrir en el marino para acudir al combate, y que son: talento, sagacidad, serenidad y una gran instrucción marino-militar, unido todo ello al sentimiento de un feroz sagrado por patria.

Para todo esto, entiende el general Garín, que los oficiales han de hacerse en la práctica y en los buques, siempre andando y navegando, y que siempre que se apunte el

menor asomo de fracaso ó de impericia en ellos, deben, por esto sólo, pasar a la escala de reserva.

Esto no lo creo, siguió diciendo, insensatamente, pues no hay que olvidar que si los barcos y los marinos son para el combate, cuando el momento de la lucha se acerca, lo que la patria necesita son hombres a la vez entusiastas y concedores de su situación y de los recursos de que disponen.

Sin organización tampoco hay nada posible, tanto que en muchos casos la organización puede ser el arma principal contra un enemigo poderoso.

Consigna que hay que preocuparse de ello en la medida que lo consenta la fortuna pública, y sin que sea pretexto la pobreza ni el número, teniendo en cuenta que la pericia y la habilidad vencen siempre a la fuerza numérica.

Un almirante que conozca todas las necesidades de la Marina y que sea capaz de llevar los barcos al triunfo, será el único que acallará la gritería de los ignorantes en cuestiones navales y el único que tendrá autoridad para aumentar las bases de nuestro poder naval.

El Sr. Garín terminó su discurso poniendo de manifiesto la responsabilidad en que se incurria si pudiendo laborar sobre lo que padece ruinas, no se acomete la obra gigantesca que hay derecho a exigir.

Las últimas palabras del conferenciante fueron acogidas con una prolongada salva de aplausos, recibiendo el Sr. Garín muchas felicitaciones por la excelente labor que había llevado a cabo.

LOS GOBERNADORES

Huelva 19, 10,35 m.

El partido liberal de esta provincia ha obsequiado con un banquete de despedida al gobernador civil saliente, marqués de las Escalónicas.

Pronunciaron elocuentes brindis los señores Vázquez, López Mora, Romero, García López, Coto y otros.

El marqués de las Escalónicas resumió los brindis, dando las gracias a los comensales por las pruebas de afecto de que era objeto.

El vecindario elogia la conducta observada por el gobernador saliente durante el tiempo que estuvo al frente de los intereses provinciales.

En toda la provincia ha causado gran satisfacción el nombramiento del Sr. Burgos para director de Obras públicas.

Se confía en que el ilustre paisano gestione la realización de las obras de este puerto. Se espera la llegada del nuevo gobernador civil, Sr. Cadarso.

Reina tranquilidad en los Centros obreros y en las minas.—EL CORRESPONSAL.

Málaga 19, 2,45 t.

En el tren expreso ha llegado el nuevo gobernador civil de esta provincia, D. Narciso Rodríguez Lagunilla.

Fué recibido en la estación por las autoridades, la plana mayor del partido conservador en esta provincia, Comisiones y representantes de los centros docentes y numerosos amigos.—MOLERO.

Badajoz 19, 3,45 t.

Ha llegado el nuevo gobernador civil de esta provincia, Sr. Orbe, posesionándose inmediatamente del cargo.

Audió a recibirle en la estación el elemento conservador.—EL CORRESPONSAL.

RESOLUCIONES MINISTERIALES

Agricultura.—Como consecuencia de los decretos de ascensos del Cuerpo de Ingenieros agrónomos, firmados hoy por el Rey, accienden a ingenieros primeros jefes de primera clase, D. José de Robles y D. Manuel Ruiz Aguilera; a ingenieros primeros jefes de segunda clase, D. Julio Otero y D. Federico González Sandoval; a ingenieros primeros jefes de segunda clase, D. José Tellez y D. Bernardo Jiménez Pérez; a ingenieros segundos oficiales López González y D. Fernando López Tuero, e ingresan en el servicio activo los supernumerarios D. Nicolás García de los Salmenes, D. Juan Vié y D. José Valls.

—En el Cuerpo de Montes ha ascendido a ingeniero segundo oficial primero de Administración D. Enrique Mackay.

—A la jefatura de León ha sido destinado D. Primitivo Arligas.

—Han regresado en el servicio del Estado los ingenieros de Minas D. César Iglesias y D. Juan Herrera y ha pasado a supernumerario D. Melchor de Albareda.

Instrucción pública.—Ha sido nombrado vicerrector de la Universidad de Valladolid D. Eladio García Amado, y decano de la Facultad de Medicina, D. Salvador Sierra.

Bolsa de Madrid.—Cotización del 19.

Table with columns: FONDOS PUBLICOS, DEL 18, DEL 19. Rows include 4 0/0 perpetuo interior, 5 0/0 amortizable, 5 0/0 amortizable, etc.

Table with columns: Cargos provisionales, DEL 18, DEL 19. Rows include Serie I, de 50.000 pías. nominales, etc.

Table with columns: Ayuntamientos de Madrid, DEL 18, DEL 19. Rows include Oblig. Diput. provincial de Madrid, etc.

Table with columns: Otros valores, DEL 18, DEL 19. Rows include Oblig. Diput. provincial de Madrid, etc.

Table with columns: Cambios, DEL 18, DEL 19. Rows include Londres, vista, París, vista, etc.

Table with columns: Operaciones, DEL 18, DEL 19. Rows include 4/0 p.º int., 5 por 100 amortizable, etc.

Table with columns: Telegramas C. Reynals, DEL 18, DEL 19. Rows include Barcelona 19, 4,12 t., etc.

Table with columns: El cambio argentino, DEL 18, DEL 19. Rows include Buenos Aires, Agio sobre el oro, etc.

Table with columns: Mombren, Pujol y Compania, DEL 18, DEL 19. Rows include 3 por 100 francés, 96-20, etc.

Table with columns: Mercado de metales, DEL 18, DEL 19. Rows include Cobre, 51 2/3 toneladas, etc.

ESTADO ATMOSFERICO

El día 19 en Madrid ha sido espléndido y de suave temperatura. El termómetro del óptico D. José Oliva (19, Principle, 21) señala a las diez del día, 11 manana, 9 grados; a las cuatro de la tarde 10 grados, y a las cuatro de la tarde 10 grados. La temperatura máxima ha sido de 17 grados a la sombra; la mínima de 4,1 grados. El barómetro marca hoy 720. Buen tiempo. —Ayer no llovió en ninguna provincia. —La temperatura máxima en Alicante; la mínima de 3 grados bajo cero en Ciudad Real.

SESION TUMULTUOSA

LOS ABOGADOS Y LA CLASIFICACION

Desde antes de las cuatro empezaron a acudir abogados a la Academia de Jurisprudencia, donde se celebra la Junta de agravios, cuya sesión tuvo que suspenderse anteayer en el Colegio de Abogados por insuficiencia del local.

A las cuatro y media dió principio la sesión, ocupando la presidencia el marqués de la Herminia.

La disposición en que están colocados los escaños en el salón, permite distinguir perfectamente a los partidarios y detractores de la clasificación.

En los escaños de la derecha de la presidencia se sientan los que creen justo el reparto y enfrente los que pugnan por la modificación.

Se lee el acta de la reunión anterior, y al discutirse empieza un gran escándalo; los enemigos del reparto, dispuestos a la obstrucción, se niegan a que se apruebe. El escándalo se hace cada vez más imponente, y, por fin, se acuerda aprobar el acta con las adiciones que pretenden algunos; pero en seguida se vuelven atrás del acuerdo y se reproduce el estado tumultuoso.

El presidente agita la campanilla sin cesar, pero sus esfuerzos para restablecer el orden son inútiles. Todos quieren hablar y ninguno se entiende.

Durante más de una hora reina la más tremenda confusión y el presidente al cabo se impone y declara que el acta está aprobada.

Esto hace que el escándalo llegue a su más alto grado. De unos a otros bancos se lanzan cargos y se dirigen censuras, y los más exaltados despiden de sus asientos, pareciendo que van a venir a las manos.

Después de dos horas de sesión en esta actitud, renace un tanto la calma, y se concede la palabra en pro y en contra para defender o impugnar la proposición del señor Aguilera de que se anule el reparto.

El Sr. Pinies y el Sr. Menéndez Pallares sostienen que esto no se puede discutir porque es antireglamentario y a la Junta no se puede ir más que con agravios singulares.

Los señores hacen uso de la palabra otros señores para defender la proposición. Después se levanta el presidente y manifiesta que habiendo sido impugnada y defendida la proposición, a la Mesa es a la que toca resolver en definitiva.

En seguida dice: Queda admitida la proposición en cuanto significa una protesta contra las bases, y al delegado de Hacienda se enviará para que decida sobre ella. Ahora a discutir únicamente los agravios.

Al pronunciar el presidente sus últimas palabras se promueve un gran escándalo, que deja peñascos a los anteriores. Mientras el elemento joven aplaude calorosamente la determinación, los contrarios al reparto abandonan sus asientos en medio de un griterío ensordecedor, y algunos se dirigen airados hacia la presidencia, dirigiéndola duros cargos.

Poco menos que asaltan la mesa, los brazos se agitan por el sitio y en aquel momento alguien corta la corriente y los mecheros de gas que alumbran el salón se apagan y queda éste en la mayor de las tinieblas.

Entonces ruedan los tinteros y los vasos de agua, saltan rotos algunos pupitres y el escándalo llega a su límite, siendo imposible hacer una descripción de lo que allí ocurre.

Se encienden cerillas, y como la luz no vuelve, los reunidos se ven obligados a abandonar el salón, pudiendo antes la presidencia hacer llegar a oídos de los agraviados que la sesión continuará hoy por la mañana en el mismo local, a las nueve.

Según hemos oído, en vista de lo ocurrido la Junta de la Academia se niega a ceder el salón para la sesión de hoy.

far todavía de tu resistencia a mis voluntades, he sabido obligar a tu hermana a obedecerme; tu hermana, que también está en mis manos, y que me ha entregado el acta en la cual el marqués de Cantagrelles declara que Lucila no es hija suya.

—¿Mi madre ha muerto!—dijo Lucila. —Pero su honor vive todavía, y es ese el honor que mataré. Lucila apoyó su frente entre sus crispadas manos.

—Lord Harbing, don Pedro, Camparini, has dicho—continuó El rey del presidio con vehemencia,—conocías el secreto de la triple encarnación; pues bien, si lord Harbing ha sido amado por tu tía, ¿no sabes que don Pedro lo ha sido por tu madre? —¿Mientes!—exclamó Lucila—la marquesa de Cantagrelles jamás fué culpable.

—¿Qué importa que realmente lo haya sido ó no, si todos han creído a don Pedro feliz en sus amores? ¿No lo ha recibido la marquesa de noche en el misterio? ¿No han cambiado entre sí una correspondencia secreta? En fin, ¿no hay testigos que han sorprendido a don Pedro saliendo de una de esas nocturnas citas? —Testigos apostados por vos, miserable infame, para perder a una mujer honrada.

—Tomó a Dios por testigo de que digo la verdad. ¡Ah! Tengo en el corazón un secreto terrible, que habia jurado a mi madre, viva, no revelarlo a nadie, absolutamente a nadie. Pero mi pobre madre ya ha muerto, y estoy relevada de mi juramento. Ese secreto, sin embargo, jamás habria salido de mis labios, si Dios no me hubiese colocado en vuestra presencia. ¡Ah! Me amenazarás con matar el honor de una mujer hourada, muerta de pesar y de dolor. ¡Pues bien, sabed que ese honor no está en vuestras manos!

